



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Angarita Palencia, Luz Stella
La escritura: una migración con el Otro
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 24, enero-junio, 2009, pp. 183-196
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498355916010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

La escritura: una migración con el Otro

*Luz Stella Angarita Palencia**

Pontificia Universidad Javeriana

Recibido: 17 de abril de 2009. Aprobado: 10 de mayo de 2009 (Eds)

Buena parte del resultado de las crónicas de viajes se convierte en obras literarias de gran valor y definición. Otras, sin mayores pretensiones, abarcan un universo inesperado no deliberado e impredecible a la vista interpretativa. Es el caso de Natalia Aguirre con sus *300 días en Afganistán* (2006), en donde dos mundos, dos formas de escritura narrativa, dos géneros invertebrados más no quebradizos y mucho menos amorfos, sumados a dos miradas sobre una situación, comunican grandes contrastes. Aunque por encima de ellos logra configurar en el lector una mirada equidistante, apoyo enorme al casi imperceptible constructo ficcional de este relato. No obstante, cada fragmento que produce podría constituirse en una descripción de largo alcance frente a su totalidad. Este es quizás el elemento que logró convertirlo en un texto *sui generis*, llamando la atención sobre un vigor renovador en las letras, al aceptar su prodigalidad en la descripción sociológica, mediante una generosa relación intercultural poco acostumbrada más que para acentuar la diferencia. Desde allí pone en contacto al otro con la experiencia vivida, de un modo paradójico a través de un espacio-tiempo desconocido que los liga como seres vivientes mediante la experimentación de mundos contiguos a su entorno cotidiano. Justamente desde allí, asentado en cánones aún por definir, comienza la historia:

Las antiguas escrituras tenían toda la razón: (Gulbahar) es una de las maravillas del planeta. Gigantescas montañas con las cimas cubiertas de nieve, y el río azul como los zafiros corta las piedras en ángulos abruptos

* Especialización en Docencia Universitaria (Maestría en Literatura – en proceso de tesis), Profesora de la Pontificia Universidad Javeriana.

que con el sol crean sombras increíbles. Además, el valle está irrigado por canales milenarios y ríos subterráneos que hacen que los árboles sean muy verdes. Hay árboles de morera especialmente sembrados para que aniden los gusanos de seda; manzanos y peros, árboles de duraznos, y finalmente afganos (55).

Disolventes narrativos, ya casi un hábito

Un sinnúmero de textos entre diccionarios, novelas y libros teóricos le apuestan a definiciones similares cuando del concepto narración se habla. Lo asimilan con el relato de la experiencia humana independiente de que sea el depositario de un género literario. Cada opinión resalta cómo en él se manifiesta la necesidad de dejar expresas en sus líneas las experiencias vividas, que con algunos gránulos estilísticos diseminados, matizarán el estilo para permitir la entrada a dos formas de determinar lo que se va a contar; bien de hechos verificables de la realidad o su ingreso en el mundo de la ficción, otra forma de acceder a la realidad. Ahora bien, un posible narrativo presente como variación formal es la crónica, la cual desde la antigüedad ha estado encargada de narrar aspectos históricos secuenciales haciendo uso de la palabra literaria, luego, hacia el siglo XIX el periodismo comenzó a frecuentarla, adquiriendo con ello visos de sencillez inmediata. *300 días en Afganistán* presenta un relato en el cual se expresa una historia sin la vértebra de una novela, pero corresponde a la actividad narrativa, parcelada en cortos relatos, en donde la composición del texto final está hecha a base de fragmentos de cartas enviadas por la autora a familiares y amigos, en las cuales cuenta su vivencia como médica de la ONG Médicos sin Fronteras. “Todo el mundo sabe que hay un lugar que no está obligado económica ni políticamente a todas las bajezas ni a todos los compromisos. Qué no está obligado a reproducir el sistema. Y es la escritura” (Cixous, 1995, 26).

Y ella se valió de un género silente que recorre el texto, la epístola autobiográfica, entorno fundador de sus relatos.

Identificar la presencia de uno o varios géneros o subgéneros, no conducen este artículo a definir su génesis genológica, sino a indagar en su contenido y a establecer los aportes desde una visión lógica, conceptual y analítica del encuentro de dos culturas. Entonces, basta con apelar a uno de los espacios en que se mueve el escrito: la disolución de los géneros o la hibridación de ellos. En el texto se encuentran dos cosas: la resultante

escritura de la autora que sin pretenderlo apunta a la disolución de géneros, y la autora frente a la escritura abriendo paso a un lenguaje indeterminado que acompaña el contenido, y suple la manera usual de fomentar el conocimiento, pensamiento y deducción; una factura diferente, un recurso que apuesta a extraer del sentimiento femenino lo dicho, sin tener que apelar a la bisexualidad de la escritura para obtener el reconocimiento masculino, en un ámbito (las historias de aventuras) donde la mayor parte de textos están concebidos por hombres y prima la visión sobre la acción, los sucesos, no sobre su ser.

Una forma de escritura

Al retomar esos sorbos interiores de un autor, esos viajes internos presentados por algunas narraciones, suelen resultar menos ingenuos que su intento inicial, pues se establecen en medio de la permanente dualidad. Un aspecto constante del texto es el uso del lenguaje oral; la corriente rítmica de este tipo de narración se mece entre los devaneos del monólogo interior y la presencia de un destinatario objetivo, a partir de un personaje principal, ella en Afganistán y muchos personajes secundarios que por momentos toman el liderazgo de un relato particular para redondear la narración y conformar un universo, mientras se hace evidente una esfera prioritaria dentro de la cultura de ciertos pueblos, la oralidad. Al amparo de una visión posmoderna observa una sociedad premoderna que a pesar de evidentes distancias culturales bien establecidas en espacio, tiempo e ideología, termina por asimilarse a su tierra gracias a la desigualdad social que se impone, acercando sus reflexiones y su ojo occidental a la lejana óptica de oriente medio:

No sé si es que mi nostálgico cerebro va encontrando asociaciones donde no las hay o si hay universales que rigen el comportamiento de los pueblos primitivos. [...] Tienen grandes camiones llenos de dibujitos y colores, que son idénticos a las chivas. Bailan y comen como los colombianos (o sea en grandes cantidades y con muchas ganas, pero no beben a diferencia de estos. (34) [...] Un afgano es un paisa, recursivo, avispaido, hospitalario, medio cauteloso y muy trabajador (24).

De palabras como las anteriores resulta “curioso lo que le cambia a uno una cola” (Woolf, 1967, 22) en el camino de la floración de los sentidos más

íntimos que patrocinan la escritura. En esta ocasión, la perspectiva femenina hace presencia en el texto permeando una tierra donde las cimientes varoniles parecen marcar la pauta, dando paso a un aspecto de sin igual importancia para los estudios de género, el *empoderamiento*. De esta manera, a partir de la escritura empoderada, la autora se permite vivir diferente esa sociedad desde su interior e inicia una labor ardua y determinante al zurcir el detalle para conformar la imagen de un mundo tan ajeno como los miles de kilómetros que la distancian del suyo. Fehaciente en el reconocimiento que plasma en la descripción, mientras asume la *diferencia* desde un lugar distinto, otra lógica femenina y latinoamericana:

¿Cómo describirles la ciudad? Hagan de cuenta que están en Tolú luego de la bomba de Hiroshima, y de que no ha llovido en cuatro años. Todo es café grisoso (salvo la gente), y la ciudad tiene varicela. (20) [...] la ropa es feísima, color mugre (21) [...] y, además, entre mujeres no hay ningún secreto. Los hombres que vienen como médicos están fregados, porque sólo pueden conocer la mitad de la realidad, pero a las mujeres *expats* los hombres nos tratan como hombres y las mujeres como mujeres (26).

Ante una nueva realidad

Más allá del intento por definir la identidad de la mujer musulmana, la autora trata de rastrear su identidad, de comprender y comprenderse frente a ese otro con el cual se ve enfrentado día a día, por comparación, contradicción o simple diferencia. Muy a punto, dice Víctor Silva que “las identidades y las alteridades son construcciones intelectuales que se confirman en su carácter relacional y se afirman en la singularidad y la diferencia” (1999, 3). En cada descripción el texto se convierte en un paseo por algún lugar afgano humano o paisajístico, pequeños pedazos de esa cultura, creando un entorno narrativo más allá del lugar de enunciación, un verdadero intento de guía turística:

[...] Las primeras palabras de un niño normalmente reflejan la situación en la que vive. Por ejemplo, los americanos dicen “coca cola”, los colombianos dicen “bomba” (como Paula), los palestinos dicen “tac tac” (por las balaceras) y los afganos dicen *ab* (agua). Antes de aprender a caminar gatean hasta los pozos (30-31).

“Llegar a sentir algo ajeno como propio” dice el diccionario *Larousse* al precisar la identidad, es decir, al saber sobre la existencia de otro, se supone o establece la relación con lo propio. De manera que “la construcción del sentido de identidad y de univocidad personal es la característica distintiva del modo en que un sistema individual construye su orden auto-referencial” (Ruiz, 1999, 1). Quizás ésta sea una de las razones en que por analogía con su colombianidad, la autora difiere de algunas opiniones que los franceses esgrimen con persistencia sobre los afganos, concretamente sobre su dificultad para aprender; sobre lo cual ella controvierte que “ningún ser humano que haya sobrevivido veintitrés años en un país en guerra y desértico puede ser moderadamente bruto” (23). He allí, en dos puntos de mirada como estos, el equívoco que exhorta con insistente periodicidad al revuelo, ya que las situaciones son las que crean la variación, el matiz entre los grupos, y no se da por sustracción social o por minoría numérica. La nominación del “otro” no alude al primero sin el segundo. La autora reconoce y diferencia; y al hacerlo deja entrever un gran entusiasmo por el escrutinio que le significa sobre lo suyo, no ve en todos a un afgano promedio, describe las etnias y resalta a sus favoritos, los *kutchis*:

Son una tribu nómada de personas muy pequeñas pero muy ricas y coloridas que viajan con camellos, cabras, burros y carpas por todo el país y los vecinos. No le responden a nadie por nada. Si los friegan mucho, se van. No cumplen ninguna regla de ningún Estado y se niegan a taparse la cabeza (23).

Por eso, asumir la otredad es agradecer a la mismidad, sin factores, elementos o características que lo determinen, obviando incluso cualquier análisis sobre la génesis que devela el advenimiento de una mirada disciplinar (ontológicos, científicos o humanistas), ya que esto depende de la situación histórica de quien lo emplea. En la introducción a *Género e Identidad* (1995) los autores refieren la transversalidad en la aproximación al tema, puesto que se hace necesario contemplar “la subjetividad y las formas individuales, las condiciones sociales e históricas que definen y transforman las identidades sociales” (Arango, León y Viveros, 1995, 25); en tanto un espacio ajeno no hace parte de lo otro sino de lo uno, de ese mundo que existe con nuevos aditamentos validando el empeño por aquel que consideramos nuestro otro al contemplar su diferencia dentro de una situación y su contexto (Beauvoir, 1975, 20). Posicionando a la autora del

escrito como una mujer hacia el interior pero abierta al mundo, al permitir una valiosa evolución meridiana del proceso de re-conocimiento cultural, como habitante de un universo global.

Un espacio para ellas

En la mayoría de las obras que trabajan el tema que aquí nos ocupa, se evidencia una constante, la mujer del Islam como una mujer aislada del espacio público y por ende del poder que se esgrime desde allí. Sin duda una postura que subvalora el espacio privado y todo lo que sus incidencias sicológicas y sociológicas ejercen en quienes intervienen el poder público. Aunque desde allí se proyecten los diferentes modos de contar la historia, es quizás en el espacio privado donde se establece la verdadera resistencia al lograr traspasar la diferencia de la igualdad, tan sustentada en los espacios del desempeño social en occidente. Y aunque resulte entendible visto desde esta orilla del mundo, sería más adecuado localizar el problema. Sería más puntual hablar del manejo inadecuado del poder público, conducente a la falta de oportunidades, a mayor dificultad en el ascenso laboral, en el acceso al conocimiento, al desequilibrio en la producción de pensamiento, y por supuesto de poder adquisitivo. Pero, quizás la responsabilidad va más allá, pues ha sido el producto del retorcimiento trágico que el ser humano ejerce sobre el otro, lo hace intra genéricamente, un asunto de medición de fuerzas entre congéneres y no únicamente contra el género femenino. En el texto se encuentran apreciaciones muy válidas sobre la mujer afgana donde se sopesa como a una igual y no como un ser desvalido frente a las permanentes vejaciones de las cuales es costumbre oír, lo hace manteniendo el respeto a la diferencia de sus tradiciones, descubre que incluso ésta mujer pueden ser más avezada de lo que se piensa:

Las mujeres afganas son unas fieras. No se callan nada. No viven escondidas como la prensa le hace creer al mundo occidental. Estas mujeres hacen comentarios como: “Lo bueno de la burka es que podemos mirar a todos los hombres sin que nadie nos pille”. [...] Sáquense de la cabeza la idea de que estas mujeres están en vía de extinción. Exceptuando por la mortalidad materna, tienen vidas muy completas (aunque duras) y tienen mucha posibilidad de decisión. [...] Son el poder detrás del poder (33).

Esta es sólo una manera de poner en marcha, a diario, su placer escópico. “Esta conformación consensuada de forma colectiva relaciona inequívocamente los términos cuerpo-identidad-imagen sin permitir ningún tipo de fisuras entre dichos términos, el sujeto es lo que ve, su imagen será la imagen de su cuerpo, lo cual conformara la identidad social y sexual” (García y Anta, 2006,3). Es muy probable que ese andamiaje de una metáfora del poder vertida en el cuerpo social a partir de la visión patriarcal de cualquier cultura, y en este caso –puede parecer a contrapelo– en la cultura musulmana, la mujer haya encontrado la forma de revertirlo con guiños inusitados a pesar del aparente poderío patriarcal. De alguna manera, como afirma Wollstonecraft “[...] cuanto más entienden las mujeres, más se atarán a su deber comprendiéndolo, porque si no lo comprenden, si su moral no se fija con los mismos principios inmutables de los hombres, no existe autoridad que pueda exonerarlas de él de manera virtuosa” (1996 ,111). Sin duda, la reversión del poder se da en tanto lo que cuenta la mirada, el acto de ver en sí mismo, la libertad que opera desde la observación. Y claro, todo esto se va construyendo mientras pasan por las innumerables “tundas” que reciben mientras son subordinadas a otras mujeres, sus suegras. Una vez se convierten en madres de varones, adquieren un poder sin igual sobre ese hombre, ellas les definen su futuro afectivo, determinando el negocio más importante para ellos el resto de la vida –la escogencia de esposa– a riesgo de la ira más enconada en su cultura, la de una madre a quien contradigan. “En Afganistán hay que tener más pelotas para escoger a quien (de verdad) se quiere, que para matar a quien se odia” (84). Razones de más para que no sean ellas las únicas a quienes deba mirar el mundo, hay en esta sociedad un hombre que la autora describe como un ser a quien también le toca muy duro, que ayuda en el hogar, que trabaja con fiereza en una tierra que presenta muchas dificultades ambientales, físicas, políticas y económicas; y fuera de eso con estigma de terroristas. Porque además,

Como en cualquier parte del mundo, a punta de cantaleta logran lo que quieren... son tan manipuladoras como las occidentales y no les gusta que el marido callejee. Tienen la sartén por el mango porque son las que deciden con quién se casan los hijos varones (33).

El cuerpo, ‘eso’ en apariencia invisible

Un aspecto importante que el texto nos permite observar es una capacidad variopinta permanente que se aleja de la idea sobre un lugar opaco y lleno de mozalbete agrios, subvalorando a sus mujeres como una hilera de pájaros negros, en muchos casos sin cara ni manos que articulan esa masa informe de color oscuro. Y claro que hay regiones donde el panorama es ese cuando se encuentran varias mujeres reunidas, pero confiesa que siendo su prevención, no es una imagen constante en todo el territorio. Al contrario, en muchos momentos para describir el gusto y la escogencia de la ropa femenina su más afecto adjetivo al hacerlo es “colorinchudo”. Así mismo, muestra una cultura donde los censores corporales hacen presencia de forma inmanente, donde la sensorialidad se vive en permanencia, una tierra donde la corporalidad no está escondida, sino que ante la presencia de muchos talantes se originan raras cataduras, abriendo paso a la intrusión de la sensibilidad entre el entorno y el cuerpo; por ejemplo, en cuanto al baile y la intimidad femenina:

La música era una mezcla entre funk y música árabe y se baila entre mujeres de una manera bastante seductora, medio cerrando los ojos como si se estuvieran sollando cada paso (30).

(en el hamam) [...] cuando entré al cuarto grande me encontré con unas 50 mujeres casi desnudas, unas sentadas en el piso, otras trayendo el agua, muchas estregándose a ellas mismas, varias tiñéndose el pelo con henna, otras jugando guerra de agua y otras peinándose. Era visualmente la escena más intimista jamás imaginable (62).

De las muchas formas que la confianza permite acceder a una relación más cercana entre amigos, hace su aparición el sufijo *ján*; singular manera que incluso entre nosotros los occidentales difícilmente nos permitiríamos; una expresión como Stellaján, lo cual significaría que mis amigos me llamarían “Stella de mi cuerpo” o “Natalia de mi cuerpo” (80) como los más allegados llamaban a la autora, aunque también tiene otra acepción “de mi corazón”. De igual manera, resulta curioso cómo una u otra es la interiorización de esa persona a través del cuerpo, el cual se torna en instrumento de comunicación afectiva de una forma usual e inesperada. Y muy a pesar de esto, siempre habrá algo que sin duda seguirá llamando la atención a las mujeres occidentales: ¿Cómo un hombre puede escoger a una mujer sin

apreciar más que sus pies? ¡Pues porque los afganos sí saben reconocer a una mujer sólo a través de ellos!

Un paralelo: la mujer musulmana y la problemática política

Cuando uno sale de paseo en Afganistán parece más una misión militar que un picnic. Primero, todo tiene que ser planeado con una semana de anticipación, y hay que pedir los permisos pertinentes a los jefes de seguridad. Luego, conseguimos un mapa de carreteras que esté muy actualizado porque tenemos que tener muy claro cuáles de ellas ya fueron desminadas por los británicos. Luego sacar un mapa de los más recientes ataques de la delincuencia... después hablar con los conductores para que averigüen..., y finalmente tenemos que empacar una Toyota Land Cruiser con todo un equipo de supervivencia... (52).

Son muchos quienes creen que en Afganistán la relación sincrónica de la mujer frente al resto del mundo, aún se encuentra imbuida en una cultura varios siglos atrás; según la mirada occidental, las mujeres musulmanas no tienen derechos porque no los han reivindicado. Pero ¿serán los derechos que la mujer occidental se ufana de tener, los mismos derechos a los que ellas quieren acceder en toda su plenitud? ¿No hará falta un poco de tolerancia con el tema? Pues, no es nuevo que el hombre “Blanco” como lo llama Jack London en *Los mares del sur*, en este caso el occidental, ha incurrido en múltiples degradaciones hacia un otro que desde su óptica no consideró con minucia, y que tan sólo pensó como ‘recuperaciones’ del mundo del cual se ha creído dueño, convirtiéndose en el mayor depredador de la especie. Entonces, “[...] la pregunta lejos de ser conducida a su redil, brinca de un lado para otro, desordenadamente” (Wolf, 1967, 41). Bien encaminadas esas preguntas y sus correspondientes respuestas ayudarán a clarificar la visión sobre el problema que sostiene la realidad externa hecha de verdades a medias, fabricadas por los medios masivos de comunicación y furibundas defensoras de banderas que creen haber heredado derechos que apenas entienden y les conciernen, sin molestarte en profundizar en la otra cultura, cuando el problema político interno y externo que vive el país recae en la realidad vivida día a día, esa misma que desde afuera pretenden cambiar. Equivaldría a conmutar siglos de relación cultural. Pues así como tampoco cuentan los apellidos, “aquí yo no soy Natalia Aguirre, sino Natalia hija de Isaías” (36); habría que canjear la temperatura de su

tiempo, ese elemento que a los occidentales no sólo nos mueve, sino que nos convoca y en ocasiones nos lleva al peor abismo interior. Se trata de una irregularidad temporal, que los transforma y los envuelve en una ambigüedad crono-cromática al desdibujar su existencia histórica.

[...] aquí nadie sabe cuántos años tiene. Los más viejos le muestran a uno los dientes para que uno haga el cálculo, y los más jóvenes le dicen a uno que nacieron antes de la invasión rusa, después de los mujaidines, durante los talibanes, etc. [...] Todo aquí es “porai”. Por ejemplo: ¿Cuántos hijos tiene? “Porai ocho” ¿Hace cuánto que volvieron de Irán? “Porai cuatro inviernos” ¿Cuántas almendras quiere? “Porai un puñado” Nadie tiene cédula, casi nadie sabe escribir, y no tienen billetera (36).

Entonces, el dilema que apura a tantas occidentales al posar sus ojos en las mujeres afganas, no se puede reducir a ¿cómo se eleva un grito libertario femenino? Sin evidenciar un problema de mayor anchura: pobreza, tradiciones y política, al cual se suma el manejo que se da al debate político de ese país en conflicto:

[...] en realidad son los partidos y grupos políticos quienes visualizaron un recurso en la utilización de un discurso religioso para expresar y movilizar el apoyo de sus programas políticos. En este panorama es más que lamentable pensar que los problemas a que se enfrentan las mujeres en las sociedades musulmanas son fenómenos derivados únicamente del Islam (Forti, 2003).

Más aún, la verdadera formulación del interrogante se debería centrar en “¿Por qué atraen las mujeres el interés de una situación que no pertenece sólo a ellas?, ¿y por qué, como resultado de ese interés, su consecuente análisis? Una cosa es la idea sobre uno mismo y otra la imagen que construye la ficción sobre uno, muchas veces a partir de otro. Entonces, ¿por qué nos aparece como extraño que la nada despreciable “minoría” femenina en muchas culturas, esté anclada directamente a las creencias religiosas? (Beauvoir, 1967, 18). Podríamos bordear una posible respuesta desde la visión posestructuralista, a la cual alude Kristeva en *Stabat Mater* cuando observa que en occidente: “La mujer se quedó sin referentes al llegar el ateísmo en el siglo XX, porque el mayor referente que tenía era la visión mariana, entonces volvió a su más parecido, el hombre, y habló de la igualdad, pero igual no resultó, le tocó apelar a lo verdadero y más

natural, a la diferencia” (1987). A la sazón de estas palabras ¿no resultaría importante contemplar el asunto con menos intransigencia y en cambio ver cómo a muchos les sirve que la mayoría centre su interés en la fachada, mientras aspectos de relevancia económica y política definitorios para el país, quedan encubiertos.

(discutir sobre) [...] el velo distraería la atención, con mucho éxito, del problema acuciante del desempleo. Los gobiernos árabes [...] evitan cualquier discusión sobre los graves problemas económicos, distrayendo la atención al campo de la discusión religiosa y dándole una connotación moral a cuestiones financieras, fiscales y comerciales. Por esto el comportamiento social de las mujeres se discute en la televisión (controlada por el estado) como si fuera una cuestión vital para la supervivencia (Forti, 2003).

En realidad si se supera el primer sentimiento de expectación que produce ese mundo y sus conflictos, y se le permite al ojo curioso conducir la objetividad, se podría concluir que en ésta como en muchas otras sociedades que no eximen a occidente, lo que desde aquí se advierte como indecible e injustificable, termina por ser sólo una parte del presupuesto económico que sostiene al patriarcado.

A esto podemos sumar que los componentes esenciales del patriarcado en una sociedad musulmana no son diferentes de los que encontramos en otras partes, y la subordinación de las mujeres se manifiesta en diversos niveles: en la estructura inmediata de la familia y el parentesco, en los proyectos de construcción del estado y en el plano de la elaboración de políticas internacionales (Forti, 2002).

Reflexión a dúo

Quizás sea el momento de presentarme como un individuo a quien la autora precisa a reconocerse dentro de su cultura de cara a otra, aunque pienso que si mi condición de fémina fuera otra y no la de colombiana, terciermundista, que por su trabajo ha tenido la oportunidad de observar diferentes estratos sociales, nacida en una familia un tanto liberal, aspectos que me permiten ver mi entorno con más holgura; podría adentrarme en la mente de las mujeres nacidas en el primer mundo y cambiar de parecer frente a la posición de la mujer musulmana, pero no es así. Debo tener en

cuenta que el subdesarrollo originado por algunos procesos económicos imprimen de manera tajante las mentalidades y el manejo de la memoria para vivir el presente. La autora demuestra de muchas formas cómo mi cultura se relaciona con la de ellos, de *mushkil en mushkil* –significa problema o dificultad– con algunas variaciones no muy visibles y otras excepcionales propias de cada cultura como las creencias, el tiempo no medible por métodos habituales, la disparidad visual y corporal en la edad femenina, la definición de su vida de acuerdo a la resolución familiar, los genitales gruesos, la situación geopolítica y algunas cosas más, que nos permiten la supervivencia; ese constante vivir buscando soluciones, antes que vivir revolcados en el mismo lodo en que los políticos intentan mantenernos sumergidos. Y es probable también, que nuestra incompetencia entre esas sin salidas a las que nos enfrentan nuestras realidades, no nos deje otra opción que rebuscar un argumento religioso para justificarnos sin propiciar con él un cambio común. O peor aún, que salgamos con la flagrante idea de culpabilizar de ciertas situaciones de difícil manejo, a los genios, esos personajes extraños y mal encarados que adoramos durante la lectura de libros como *Las mil y un noches*, y no porque sean buenos, sino fantásticos: [...] aquí en Afganistán hay un Diablo mayor, que es muy malo, y unos genios menores, que hacen maldades terrenales pero que no se lo llevan a uno para el infierno. Son como asistentes del Diablo... (50).

Sin duda una imaginería que rodea y recorre nuestras culturas (que para occidente en el siglo XXI han relegado casi por completo a la mente femenina, todavía volátil en extremo según algunos hombres entendidos en esa clase de afirmaciones), sin considerarlo como un asunto racial y cultural. Estando así las cosas, y mirándolas de forma más relajada, aunque en apariencia sus respectivas realidades no lo permitan por el apremio de integrarse a la secularización, la iconoclasia y las normatividades del mundo civilizado, estoy de acuerdo con la autora que en este caso la solidaridad mundial acude permanentemente a la doble moral patógena con que acostumbra a prestar ayuda a sus otros. Y entre tanto:

[...] Cuando uno camina por las calles de Kabul, se encuentra con muchos hombres que llevan una rosa entre los dientes... con enormes turbantes y entre los labios una rosa... paran en los antejardines de las casas, se agachan, cierran los ojos y se inhalan el aroma de las rosas y las toman entre las manos delicadamente para no dañarlas... Se ponen una rosa

entre los labios porque les encanta su olor... En la estación de policía que queda al lado de la clínica, los policías montan la ametralladora en una mesa y le meten por el barril un ramo de rosas (88-89).

Y mientras eso pasa en Afganistán, será importante concluir que “a pesar de que el mundo es muy grande, las culturas múltiples y distantes y los conflictos interminables, sí hay momentos y situaciones en las que todo se deja atrás y se puede convivir” (92). Así al hacer un balance, Natalia Aguirre Zimerman, descubre diversos aspectos en los cuales se reconoce como extranjera, pero por analogía entiende a esas personas en apariencia tan lejanas a ella. Dando lugar a ver y palpar una realidad diferente, pero también un espacio en donde el carácter analógico de su narración la acerca, evitando quedar en otro aparte de “las mujeres y las fantasías que se han escrito sobre ellas” (Wolf, 1967, 9), en especial sobre las musulmanas, porque a pesar de haber dicho en una de sus primeras cartas al comienzo de su estadía: “¡se muere una de cada 60 mujeres que tiene un hijo! El promedio de vida de una mujer es de 45 años, y la mayoría no sabe leer ni escribir. En conclusión, estoy al frente de un hospital veterinario” (21); más adelante con un mayor conocimiento sobre esa realidad razona: “Este no es tanto un país machista cuanto un país de separación de géneros” (33).

Ahora bien, me quedan un par de interrogantes, ¿será que en el fondo somos nosotras las que magnificamos un monstruo al que tememos ancestralmente, mientras ellos tan sólo “¡se excitán de espanto!”? (Cixous, 1995, 21), ¿y como cualquier incapaz de reconocer nuestra debilidad optamos por la destrucción en diferentes grados? ¿Son acaso esas dos actitudes las que no nos dejan ser, para seguir mirando desde la bipolaridad de los sexos? En fin, tener en mis manos el texto de Aguirre me permitió pensar que no se trata de diferencia o igualdad, se trata de la dualidad genérica, identidad, cuerpo, escritura, ficción, realidad contextual, otredad, la visión de la mujer sobre ella misma y las lecturas que sobre ello se hacen, poder, posicionamiento, espacio privado y público, unida a mi propia visión sobre un asunto que no sólo me debería sobrecoger, sino apesadumbrar, y que en cambio simplemente opto por el respeto para con un pueblo que se debate en la guerra diaria de la supervivencia. Entonces, ¿por qué creer que occidente lo hace mejor pese a su aparente libertad?

Hay un fenómeno único y particular en los jardines y es que no son verdes sino grises por el polvero. Lo más lindo es que los rosales son grises

pero como las rosas se abren súbitamente y no se alcanzan a empolvar antes de morirse, el jardín parece una postal en blanco y negro a la cual alguien le colorea las flores con óleos. Las rosas son además de olorosas, de todos los tamaños y colores inimaginables (24).

Bibliografía

- Aguirre Zimerman, Natalia. *300 días en Afganistán*. Barcelona: Anagrama, 2006.
- _____. “300 días en Afganistán”, en: Revista *El Malpensante*. Bogotá: marzo, No. 53, 2004.
- Arango, León y Viveros. *Género e identidad*. Bogotá: Uniandes, Nacional, 1995.
- Beauvoir, Simone de. *El segundo sexo*. Buenos Aires: Siglo XX, 1975.
- Cixous, Héláene. *La risa de la medusa: ensayos sobre la escritura*. Barcelona: Anthopos, 1995.
- Guillen, Claudio. *Lo uno y lo diverso*. Barcelona: Crítica, 1984.
- Kristeva, Julia. *Stabat mater*. México: Siglo XXI, 1987.
- Millinton, Mark. *Hombres invisibles*. México: FCE, 2007.
- Wolf, Virginia. *Una habitación propia*. España: Seix Barral, 1967.
- Wollstonecraft, Mary. *Vindicación de los derechos de la mujer*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Forti, Romina. *La identidad de la mujer musulmana. Observatorio de Conflictos*. Argentina http://www.nodo50.org/observatorio/mujer_musulmana.htm
- Silva, Víctor. En Revista *Espéculo*. Madrid: Universidad Complutense, 2001
www.ucm.es/info/especulo/numero18/compleja.html
- Serres, Michel. *Los cinco sentidos*. Bogotá: Taurus, 2002.
- Seierstad, Asne. *El librero de Kabul*. España: Anaya, 2003.